

El conflicto en el
Medio Oriente

ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ

NÚMERO ESPECIAL



Universidad Hebrea

ÍNDICE

- 6 | PRESENTACIÓN
- 16 | CAUSAS DEL DESCARRILAMIENTO DEL PROCESO DE PAZ ISRAELÍ-PALESTINO
DESDE UNA PERSPECTIVA COMPARADA
MARIO SZNAJDER
- 26 | EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ. LOS ALTIBAJOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ.
JUDIT BOKSER LIWERANT
- 44 | TAN CERCA Y SIN EMBRAGO, TAN LEJOS...
LECCIONES DEL PROCESO DE PAZ ISRAELÍ-PALESTINO
SHLOMO BEN-AMI
- 58 | CÓMO HACER LA PAZ CON EL DIABLO:
LA DESCONFIGURACIÓN DEL OTRO EN EL CONFLICTO ISRAELÍ-PALESTINO
FELIPE POZO
- 80 | DIVORCIO O RECONCILIACIÓN:
LA BARRERA ISRAELÍ DE SEGURIDAD Y EL RETROCESO UNILATERAL
ODED BALABÁN
- 90 | EL "GRAN LÍBANO" Y EL "GRAN ISRAEL". UNA PERSPECTIVA COMPARADA
OREN BARAK
- 102 | INCERTIDUMBRES COLECTIVAS. IDENTIDADES PERSONALES:
UNA VISIÓN DESDE LAS CIENCIAS SOCIALES
LUIS RONIGER
- 112 | LA INVASIÓN DE AFGANISTÁN E IRAK EN LA PERSPECTIVA
DEL GRAN JULGO BRITÁNICO DECIMONÓNICO
STEPHAN SBERRO
- 122 | LA PRIMACÍA DE LA TRANSFORMACIÓN REGIONAL: LA ESTRATEGIA
DE ESTADOS UNIDOS EN LA ÉPOCA POSTERIOR AL PLAN DE DESCONEXIÓN
ERAN LERMAN
- 128 | LOS NUEVOS (DES)EQUILIBRIOS:
LA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE DESPUÉS DE LA DESCONEXIÓN
RONI BART
- | DOCUMENTOS
- 136 | LA HOJA DE RUTA
- 141 | PLAN DE DESCONEXIÓN
- 144 | "DIALOGOS SOBRE LA PAZ"
MESA REDONDA CON INTELLECTUALES ISRAELÍES Y PALESTINOS

EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ. LOS ALTIBAJOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

El proceso de paz en el Medio Oriente, a lo largo de sus ya hoy diferenciadas etapas y los diversos ciclos en los que han alternado el diálogo y la violencia, ha conducido a que gran parte de las expectativas así como de los diagnósticos oscilen, de un modo abrupto, entre un profundo pesimismo, no pocas veces coloreado de escepticismo y una renovada esperanza. Ciertamente, el carácter del conflicto, sus raíces históricas, su permanencia y su profundidad han reforzado el escepticismo, ya que en éste han confluído, junto al eje político, otras múltiples dimensiones de carácter fundacional tales como la étnica, la religiosa y la nacional. No sólo han estado en disputa fronteras y territorios sino también derechos y memoria.¹

Así, a lo largo de un siglo, las diversas entidades de la región han vivido al tenor de un extrañamiento mutuo en el marco de reclamos contradictorios. Al carácter conflictivo de las relaciones sociales y económicas entre los judíos y los árabes, asentadas durante el período otomano, se sumaron las relaciones políticas desarrolladas a partir del mandato inglés, perfilándose desde entonces, y con creciente agudeza desde el surgimiento del Estado de Israel, el contenido de dos nacionalismos, el judío y el árabe. Mientras que en la construcción de la identidad nacional judía el Occidente cristiano actuó como el referente de oposición, para el Islam y el mundo árabe fue el judaísmo, como factor religio-

so, y el sionismo, como proyecto secular, los que operaron como alteridad.²

El conflicto conjugó desde sus inicios diferentes ejes: el interestatal, entre el Estado de Israel y los países árabes; el intercomunal, entre aquél y los palestinos y el derivado de las rivalidades y pugnas al interior del mundo árabe. Una cuarta dimensión, la internacional, jugaría a lo largo de la historia y, específicamente, a partir de la Conferencia de Paz de Madrid y Oslo un papel determinante. La reconfiguración geopolítica en el marco de los procesos de globalización ha sido determinante del estrecho nexo que se ha dado entre la política interna y la política e inserción internacional de las partes en conflicto.

Las diversas dimensiones generaron un prolongado proceso en el que se han arraigado estereotipos, prejuicios y satanizaciones que han alimentado la suspicacia y la desconfianza mutua. Las percepciones, actitudes y comportamientos reforzaron una dinámica que parecía imposible de ser alterada. Sin embargo, aunque difícil, el proceso de paz israelí-palestino que comenzó con el inicio de la década pasada, significó un parteaguas que, en sus diferentes momentos, parece haber afectado dicha inercia, arrojando nueva luz sobre las posibles relaciones entre las identidades primordialistas y la política, así como entre esta última y la economía. En este sentido, mientras que las transformaciones en el ámbito internacional fueron las que ampliaron las condiciones estructurales para la negociación del conflicto

* Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Shlomo Ben Ami, *¿Cuál es el futuro de Israel?*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

² Shmuel Almog (ed.), *Zionism and the Arabs*, Jerusalem, The Historical Society of Israel, 1983; David Bankier, *El Sionismo y la Cuestión Palestina. Las percepciones de la confrontación*, Jerusalén, Magness Press, 1989.

—abriendo la posibilidad inicial de la Conferencia de Paz en Madrid, en 1991, e impactando las sucesivas fases— la nueva dinámica generada y los cambios internos en la región se expresaron en el surgimiento de novedosos ejercicios de voluntad política. Desde esta perspectiva, y ante las recurrentes interrupciones del diálogo y la irrupción de la violencia, la región enfrenta el desafío de ampliar el papel de la voluntad política para recuperar con toda su complejidad la diversidad de mundos identitarios y culturales y construir soluciones políticas. De allí que surgen interrogantes cruciales. ¿Hasta dónde los sucesivos acercamientos reflejan la posibilidad de deslindar entre grandes designios ideales y proyectos políticos viables, para que las partes se comprometan con todo realismo con estos últimos. En otros términos, hasta dónde los actores pueden defender el espacio de la política en el cual resulta imprescindible responsabilizarse con una cultura de la negociación que rebasa la lógica extrema de grandes ganadores y perdedores.

Ciertamente, en las relaciones entre Israel y el pueblo palestino, la última década y media se inició y se desarrolló con signos contrarios, en una difícil oscilación entre el diálogo y la violencia, entre la guerra y la paz. A la luz de las transformaciones acaecidas en la configuración política internacional resulta pertinente explorar algunas de sus implicaciones para la región y las interacciones con los propios cambios internos en este período. En el ámbito internacional, destaca la consolidación del papel de Estados Unidos en la zona del Levante, a través de diversos proyectos de solución que han conjugado una política de principios con la adaptación pragmática a circunstancias cambiantes, por medio del ejercicio de la unipolaridad y la búsqueda de construcción de alianzas con nuevos actores.

Por su parte, los propios cambios internos en la región dan cuenta de las recurrencias, continuidades y rupturas de un proceso de paz que se construyó bajo el supuesto de un carácter gradual, acumulativo e incremental, que se ha visto interrumpido y que ha afectado de manera contradictoria la construcción de confianza así como la falta de credibilidad entre las partes y en el propio escenario de paz.



En el terreno internacional, el fin de la polaridad, la guerra del Golfo y las nuevas condiciones de reestructuración mundial operaron, al iniciar la década de los 90, como los detonadores del acercamiento político. Con la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS se abrió la posibilidad de separar los acontecimientos regionales de los intereses de las dos superpotencias, lo que significó la ruptura de un patrón histórico recurrente de ordenamiento político regional en función de los intereses de las potencias imperiales, primero, y de las dos superpotencias, después. En todo caso, los conflictos de la región dejaron de depender de las órbitas rivales que impedían su atención específica más allá

de confrontaciones por áreas de influencia, abriendo la posibilidad de explorar y diseñar nuevas alianzas. Paralelamente, y a pesar de la incertidumbre asociada a la no siempre clara definición de lo que la administración del entonces presidente George Bush llamó el Nuevo Orden Internacional, se perfiló el papel protagónico que Estados Unidos asumiría en este contexto.³

Por su parte, al arrojar nueva luz sobre los límites de un alineamiento panárabe, la guerra del Golfo amplió las condiciones estructurales para la negociación del conflicto. Los intereses de Israel y los de la mayoría de los países árabes, excepción hecha de Libia, Mauritania, Yemen, Sudán, Túnez, Jordania e Irán, así como la OLP y *Hamás*, encontraron puntos de coincidencia, entre los que destacó el detener las pretensiones hegemónicas de Irak.⁴ La invasión irakí a Kuwait alteró el sistema de equilibrio que existía en el mundo árabe y afectó los intereses vitales de importantes Estados de la región; paralelamente, puso en claro los límites de los principales organismos e instancias regionales para resolver la crisis dentro del marco del mundo árabe. Entre los principales impactos que la guerra del Golfo tuvo sobre la ampliación de los espacios de negociación destaca el papel ascendente de los países más moderados y pragmáticos en el terreno regional.

Desde otra perspectiva también determinante en las sucesivas transformaciones geopolíticas, cabe señalar que, a pesar de la división entre los gobiernos de la región frente a la guerra del Golfo, el sentir de las poblaciones árabes y musulmanas fue desde el principio mayoritariamente antioccidental. Lo que fue calificado como la paradoja de la democracia, el apoyo a Sadam Hussein fue más ferviente y generalizado en aquellos países árabes que habían experimentado cierta liberalización política y en los que la libertad de expresión era menos restringida.⁵ A su vez, el régimen de Hussein, de carácter eminentemente laico, dio inicio a la identificación de la problemática política con el Islam, fuerza que tenía un mayor impacto movilizador. Por otra parte, sin embargo, la incorporación del factor religioso en las frecuentes invocaciones a Dios hechas por el Presidente Bush reforzó el argumento de que se trataba de una guerra religiosa, frente a la cual la *jihad* pretendió justificar su lucha contra lo que definió como amenaza occidental y sionista.

Fueron estos cambios internacionales los que permitieron diseñar la metodología que gestó la Conferencia de Paz de Madrid, tanto en su circuito bilateral como en el multilateral. Mientras que la dimensión multilateral representaba

³ Aharon Klieman, "Gulf Crisis and New World Order: The Perils of Linkage", Joseph Alpher (coord.), *War in the Gulf: Implications for Israel*, Tel Aviv University, Jaffee Center for Strategic Studies, 1992.

⁴ J. Bercovich, y B. Mandell, "Conflict Management and Peace Making in the Middle East", *International Problems. Society and Politics*, vol. XXXII, 60, 1993.

⁵ Bernard Lewis, "The Roots of Muslim Rage", *Athlantic Monthly* n° 266, septiembre de 1990.

la nueva posibilidad y la importancia de construir interdependencias en las esferas funcionales, tales como en la economía, salud, tecnología y educación, el circuito bilateral, esencialmente político, buscó sentar las bases que facilitasen dicha interacción. De este modo, la apuesta fue acceder, simultáneamente, a acuerdos políticos que permitieran la interacción funcional. La diplomacia que gestó la metodología de Madrid también asumió un doble circuito en lo que concernía a los participantes: alentó negociaciones entre Israel y sus vecinos árabes paralelamente a la apertura del diálogo israelí-palestino.

El papel central de Estados Unidos se construyó con los intereses y debilidades de las partes. Visto desde una perspectiva regional, la motivación de Siria estuvo asociada a su intención de capitalizar su participación en la guerra, consciente de la desaparición de la URSS como sostén y congruente con los cambios iniciados años antes para reubicarse en el nuevo ordenamiento mundial. La renovación de las relaciones con Egipto, en diciembre de 1989, y el pronunciado acercamiento a los Estados Unidos desde 1990 se insertaron en esta lógica, que se vio reforzada, a su vez, por el cuestionamiento a la apuesta de un "equilibrio estratégico" con Israel. El móvil de Jordania se derivó, también, de la necesidad de restaurar su posición frente a Estados Unidos después del enfrentamiento y alcanzar una mejor inserción en el mundo árabe. Acudió a la mesa de negociaciones buscando la formalización de su régimen de seguridad tácito con Israel y procurando, simultáneamente, ser vista como distante de la causa palestina. Por su parte, los palestinos temían ser relegados por la nueva coyuntura internacional así como por las pugnas inter-árabes, por lo que aceptaron la composición inicial de una delegación conjunta con Jordania. Resulta importante destacar que el difícil proceso en la composición de ésta, arrojó luz sobre la problemática de la representatividad y abrió nuevas vetas a las negociaciones ulteriores.



Fotografía: SA'AR YA'COV

Proporcionada por el National Photo Collection of Israel del Photography Department of the Government Press Office.

En todo caso, dejó ver la dimensión compleja de la composición del liderazgo palestino y su impacto sobre el proceso de implementación de los acuerdos a los que se llegaría y los límites para construir e institucionalizar un proyecto político-estatal.⁶ En efecto, si bien los representantes de los territorios no fueron electos democráticamente, reflejaron, junto a sus nexos con la OLP de Túnez, el grado de arraigo en la zona y la existencia de más de un centro de poder.

Para Israel, el fin de la bipolaridad significó la posible erosión de su condición de punto estratégico para Occidente, y ante la amenaza de los *scud*, descubrió la insuficiencia defensiva del ámbito territorial.⁷

Lo que cada parte buscó entonces, tanto en términos territoriales estratégicos como económicos, resultó ser tan contradictorio como en el pasado, por lo que el dominio de Estados Unidos y las garantías de seguridad concedidas operaron como el aliciente indispensable para dar el paso inicial del proceso.

Desde la óptica de las transformaciones internacionales, la búsqueda de una nueva inserción en la economía internacional actuó en el mismo sentido de acercar a las partes. La toma de conciencia de que la reestructuración política a nivel mundial estaba asociada a la lógica de los mercados alentó la visión de la conveniencia de pacificar la región para poder construir las condiciones que hicieran atractiva la zona para los capitales mundiales. La opción de un mercado regional abría la posibilidad de modificar los antagonismos de antaño a partir de intereses convergentes y contribuir a elevar los niveles de vida y acortar las desigualdades existentes entre las poblaciones. La búsqueda de una nueva inserción en la economía internacional también tuvo un papel esencial en la Declaración de Principios Palestino-Israelí de septiembre de 1993, segundo momento del proceso. El tránsito en el discurso político de los referentes nacionalistas y religiosos al del desarrollo económico como fuente de legitimación, puede interpretarse, a partir de entonces, como un cambio radical en las tendencias dominantes.⁸

Sin embargo, profundas incógnitas se perfilaron desde entonces, sobre todo, en torno a la capacidad que tendría la lógica del mercado para imponer su propia dinámica y construir nuevas plataformas de despegue. En otros términos, la posibilidad de que los imperativos de ensanchar los mercados pudiese reconciliarse con las reivindicaciones de soberanía política que reforzaban las fronteras nacionales. De la tensa oscilación entre ambos, el nuevo paradigma que se perfiló en el ordenamiento mundial pareció abrir la posibilidad de armonizar el respeto a la integridad grupal con la cooperación intergrupal, planteando, si se quiere, límites

⁶ Judit Bokser, "De la guerra a la paz en el Medio Oriente: política, economía y cultura", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n° 159, año XL, Quinta Época, enero-marzo de 1995.

⁷ Bercovich, y Mandell, *op. cit.*

⁸ J. Bill, y R. Springborg, *Politics in the Middle East*, New York, Harper Collins, 1990.

igualmente nuevos a la acepción clásica del concepto de soberanía. La visión de la zona como un mercado regional que permitiese modificar los antagonismos a partir de intereses económicos convergentes y de la cooperación encontró desde entonces voces críticas que llamaron la atención sobre los riesgos de generar nuevas formas de dependencia o paternalismo, reales o imaginarias.⁹

Si los nexos entre política y mercado cobraron un nuevo significado en el ámbito internacional en el nivel regional y nacional, entonces como hoy, jugó un papel determinante la posibilidad de incidir sobre las relaciones entre política y cultura. Lo que ha sido conceptualizado como la fatiga de las partes fue detonadora de una renovada voluntad política. Este esfuerzo pudo ser caracterizado a partir de una metáfora que devendría recurrente: los actores involucrados, al acordar negociar sin tener claro el perfil del arreglo final, decidieron subirse a un tren sin saber cuál sería la estación de llegada. Ciertamente, en el camino, podían descubrir que los precios que debían pagar eran muy altos, pero también tenían claro que de mantener las condiciones existentes, el resultado podía ser catastrófico.¹⁰

Desde la óptica israelí, esta fatiga se deriva del hecho de que el conflicto con el mundo árabe en general y con los palestinos en particular no ha sido un conflicto más en su existencia independiente sino el decisivo y su desarrollo ha afectado partes centrales de la vida nacional, no sólo políticos, sino también sociales, ideológicos y culturales. El rechazo originario del mundo árabe a su existencia como sociedad y Estado marcaron la lógica de las principales guerras para la concreción de su proyecto. Premisas tales como el renacimiento lingüístico y cultural, la productivización del trabajo hebreo y la concentración territorial en la Tierra de Israel, entre otras, condujeron a la construcción de una nueva sociedad y un Estado nacional.

Por otra parte, la guerra del Líbano y la primera *intifada* dejaron nuevas improntas sobre diversas dimensiones de la vida individual y colectiva de la sociedad israelí, entre las cuales cabe destacar el hecho de que la cuestión de la seguridad nacional —aspecto central de la autopercepción y la autoconciencia colectiva— dejó de ser objeto de consenso para convertirse en un tópico sujeto a la discusión pública. Desde este punto de vista, si bien en su origen el conflicto árabe-israelí ha tenido diversas dimensiones, ha sido la dimensión inter-comunitaria, la palestino-israelí, la que cobró mayor relevancia y visibilidad e impactó de modo decisivo.

⁹ Shimon Peres, "La apertura a la paz en la política exterior israelí", en Samar Herman y Robert Twite (eds.), *The Arab-Israeli Peace Negotiations, Politics and Concepts*, Tel Aviv, Tel Aviv University Press, 1993; Ehud Avineri, "Sidestepping Dependency", *Foreign Affairs*, vol. 73, número 4, julio-agosto de 1994; Yoash Tsiddon Chatto, "The Economic Framework", *Political and Structural Arrangements in the New Era of Israeli-Palestinian Relations*, Jerusalem, Conference Proceedings, Jerusalem Center for Public Affairs, 1994.

¹⁰ Yehoshafat Harcavi, *Fateful Decisions*, Tel Aviv, Am Oved, 1986.

sobre las percepciones de la sociedad israelí. A su vez, y de un modo contradictorio, junto a un incremento en los sentimientos de inseguridad de la población israelí, el uso de la fuerza militar en el seno de la población civil devino un asunto controversial. Ya al finalizar la década de los 80, sumado a las divergencias políticas implicadas, el debilitamiento de la convicción de la guerra como recurso necesario de supervivencia dio lugar a su conceptualización como opcional y prescindible.¹¹

A su vez, en la medida en que la identidad nacional como identidad colectiva es imaginario social y construcción de presentes institucionalizados, la presencia de la población árabe en el seno de la sociedad israelí en un contexto de conflicto ha confrontado al Estado de Israel con un dilema básico de identidad cultural y política. Este ha sido formulado en términos del desafío de mantener su doble carácter de Estado judío y democrático. Si en nombre de la democracia le es concedida la igualdad de derechos a la minoría y eventual mayoría árabe, perdería su carácter judío y si en nombre del compromiso con este último no lo hace, podría ver amenazado su perfil democrático. Se reforzó así la conciencia de que de no arribar a una solución política, las identidades se afectarían de modos diametralmente opuestos por las tendencias demográficas encontradas de las poblaciones árabe-palestina y judía.¹² Junto al crecimiento poblacional desigual, el decrecimiento de los flujos inmigratorios judíos así como a la dinámica de los procesos de emigración ha conducido a que diversas proyecciones señalen que en el año 2010 los árabes serán mayoría en Israel. En este sentido, el factor demográfico ha sido visto por los palestinos como un recurso que opera en su favor.

Cabe destacar que la primera *intifada* reforzó aspectos básicos de la identidad de la población árabe. Se dio un proceso de palestinización de su identidad política y de creciente percepción de que había un destino común compartido con la población palestina. Si bien inicialmente la *intifada* no arrastró consigo a la población árabe en Israel —cuyo apoyo se limitó al ámbito económico y espiritual—, alentó el desarrollo de movimientos radicales e islámicos en su seno.¹³ Fue la segunda *intifada* la que habría de reforzar la tendencia a que la identidad étnica prevalezca por sobre la identidad cívica.

Por último, desde un ángulo político global, la sociedad israelí, frente a la diversidad del espectro ideológico y político, marcó un mosaico de opciones diferenciadas que habrían de alternarse a lo largo de los años siguientes. Frente al binomio paz-seguridad, las interpretaciones han diferi-

¹¹ J. Bokser, *op. cit.*

¹² Ben Meir, "Israelis and Palestinians: Harsh Demographic Reality and Peace", *International Problems Society and Politics*, vol. 32, 60 (1-2), 1993.

¹³ Eli Rekhess "The Arab of Israel and the Intifada", Gad Gilbar y Asher Susser (eds.), *At the Core of the Conflict: the Intifada*, Tel Aviv, Tel Aviv University Press, 1993.

do. Mientras que el laborismo apostó a la primera sin descuidar la segunda —lo que arroja luz sobre los grados de dificultad de la implantación de los acuerdos en los territorios, desde el de Gaza y Jericó primero— el *Likud* y sectores religiosos han cuestionado, en nombre de la seguridad, la posibilidad de progresar en los acuerdos de paz. El carácter acumulativo de los vaivenes a lo largo de la década explican las alteraciones que las propuestas y los actores que las abanderan han sufrido. Por su parte, la oposición proveniente de los grupos de los colonos en los asentamientos ha incorporado un entramado religioso-nacionalista cuya marginalidad no ha impedido el impacto reciente de su crítica.

Por su parte, los procesos de transformación que la sociedad palestina ha experimentado competen tanto a las bases y sus perfiles cambiantes como a la lógica de su liderazgo, en el contexto del mundo árabe cuyo predicamento, según expresión de Fouad Adjami, se deriva de una historia que es una larga crónica de ilusiones y de desesperación en la que la política se ha visto sustituida repetidamente por la violencia.¹⁴ En un mundo que ha asistido al fracaso de las aspiraciones de un gran renacimiento social y cultural y de su unidad, la cuestión palestina quedó inserta en relaciones de dependencia de los grupos árabes y su rivalidades interestatales. De hecho, la corriente nacionalista palestina representada por la OLP sólo cobró fuerza después de 1967. Si bien el común denominador árabe operó como referente de identidad, la dimensión palestina cobró especificidad desde el vacío de respuestas de los países árabes. El Septiembre Negro en Jordania, primero, marcado por la matanza de palestinos en 1970 y la caída del distrito de Beirut donde estaba el cuartel de la OLP, después, son hitos que reflejan la sistemática marginación de la cuestión palestina de los intereses y las cumbres árabes.

La dinámica cambiante de los patrones políticos de organización y acción palestinas así como de los centros de poder, ha estado, a su vez, estrechamente ligada a los desarrollos socio-económicos y culturales en los territorios ocupados por Israel. El crecimiento económico de los años setenta en la Margen Occidental y en Gaza se detuvo hacia mediados de los años ochenta, cuando aparecieron los primeros indicadores de un estancamiento crítico. El deterioro de las condiciones generó, sin embargo, cambios en el perfil cultural y laboral de la población, ya que el desempleo condujo a que un número significativo de jóvenes acudiera a la educación secundaria y superior como opción alternativa, conformándose así un nuevo sector calificado pero carente de canales de incorporación ocupacional.¹⁵

¹⁴ Fouad Adjami, *The Arab Predicament. Arab Political Thought and Practice since 1967*. Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

¹⁵ G. Gilbar, "Economic and Demographic Developments as Factors for the Intifada", G. Gilbar y A. Susser *op. cit.*; Hillel Frisch, "De la lucha armada a la movilización política: cambio en la estrategia de la OLP en los territorios", *ibid.*

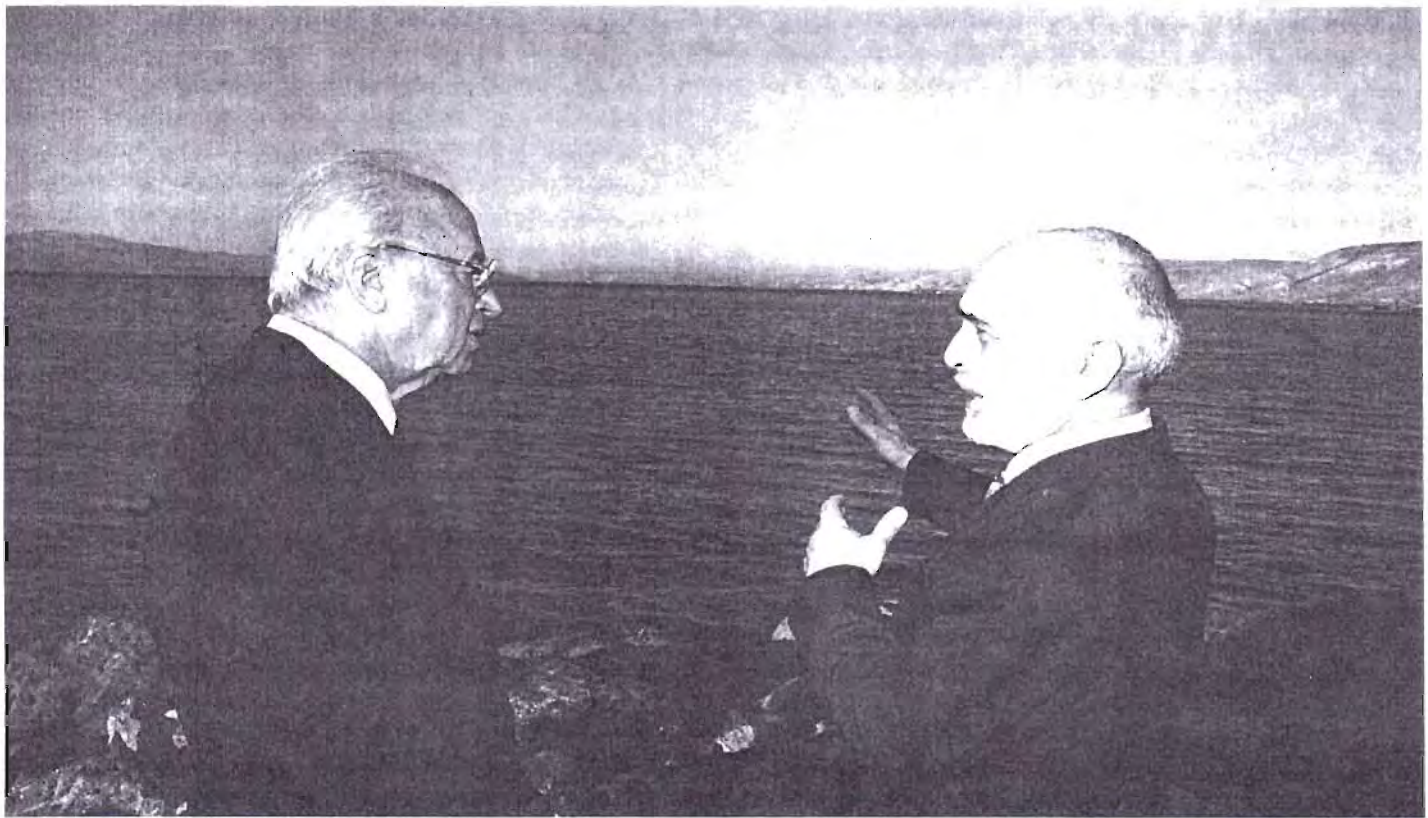
La profesionalización, la frustración económica y el desgaste sostenido por la falta de satisfacción política interactuaron de un modo complejo como detonadores de la *intifada*. Junto con la proliferación de instituciones de educación y su impacto sobre la consolidación de una vida secular, cobraron fuerza movimientos fundamentalistas islámicos. Contrariamente a una visión prevaleciente que tiende a explicar el surgimiento del fundamentalismo como resultado del deterioro económico, factor que ciertamente contribuye ampliamente a su desarrollo, éste es el resultado de procesos de cambio social acelerados que generan una creciente diferenciación y diversificación de los modos y estilos de vida prevalecientes que conducen a la pérdida de los centros referenciales (y certezas), tanto económicos como culturales y políticos.¹⁶ Mientras que en el nivel cultural el impacto de los factores externos de cambio social es vivido como una amenaza de "contaminación" a las premisas religiosas o civilizatorias básicas, los grupos sociales portadores del fundamentalismo provienen de sectores —viejos o nuevos— que se sienten, o que en efecto han sido, desposeídos del acceso a los centros. De allí que el fundamentalismo como un proceso que ha impactado al mundo árabe en su conjunto, acrecentado ciertamente por la influencia de la revolución islámica en Irán y su impacto como modelo y como fuente de financiamiento, le confirió una nueva tensión a la dinámica y la interacción entre los actores políticos en el seno de la población palestina.¹⁷ Ya después de la guerra árabe-israelí de 1973 y con mayor fuerza a partir de la década siguiente, el fundamentalismo islámico asumió una creciente centralidad como actor político en los territorios, rivalizando con la corriente nacionalista del movimiento de liberación palestina, dominante hasta entonces.¹⁸

Los grados de autonomía con los que la población palestina actuó durante la *intifada* reflejaron, a su vez, la búsqueda de una identidad con perfiles propios por parte de la nueva generación, convirtiéndose en una amenaza no sólo para Israel sino también para la OLP. Ello dio lugar a un contradictorio proceso de radicalización y moderación de la propia organización. Progresivamente resultó visible la relación existente —aunque también la posibilidad de deslinde— entre la OLP como idea y la OLP como institución. La primera incorporó la noción de un pueblo palestino como colectivo nacional y de ella cobró fuerza la institución. La proliferación a su vez de grupos radicales y fundamentalistas cuestionando su hegemonía, le confirieron un renovado papel como interlocutor para un proceso de negociación.

¹⁶ Shmuel Noah Eisenstadt (mimeo), "Fundamentalism: Phenomenology and Comparative Dimensions". Jerusalem, The Hebrew University of Jerusalem, 1992.

¹⁷ David Menashri (ed), *The Iranian Revolution and the Muslim World*, Boulder, Westview Press, 1990

¹⁸ Anat Kurz (ed.), *Islamic Terrorism and Israel. Hizballah, Palestinian Islamic Jihad and Hamas*, Tel Aviv, University of Tel Aviv, 1993; M.K. Shadid, "The Muslim Brotherhood Movement in the West Bank and Gaza", *Third World Quarterly*, 10:2, abril de 1988.



Fotografía: SA'AR YA'COV

Proporcionada por el *National Photo Collection of Israel* del *Photography Department of the Government Press Office*.

En todo caso, a la luz de los procesos de cambio internos que han tenido lugar en el seno de las sociedades israelí y palestina, y en el marco de las transformaciones internacionales, la individuación de los actores y su reconocimiento mutuo vehicularon el proceso de paz en las formulaciones de los acuerdos de Oslo. Éstos, así como los acuerdos subsecuentes firmados en El Cairo, en mayo de 1994, para la rápida concreción de la Declaración de Principios en lo que concierne a la autonomía palestina en Gaza y Jericó, denotaron el predominio de la voluntad política por encima de los diferentes obstáculos. Sus principales puntos incluyeron el retiro de las fuerzas militares y civiles israelíes de dichas ciudades; la transferencia de autoridad en los rubros de gobierno local y seguridad interna; y el establecimiento de una Autoridad Palestina cuya designación, si bien dependía de Arafat, abrió de lleno la cuestión de las formas democráticas de composición del gobierno palestino. Los acuerdos contemplaron, además, el establecimiento de instituciones conjuntas de cooperación civil y regional; la cuestión de la jurisdicción palestina sobre tierra y subsuelo *vis-a-vis* el control aéreo que permanecía en manos israelíes, así como el establecimiento de fuerzas de seguridad palestinas, entre otras cuestiones. Éstas, así como las relacionadas con el tema de los prisioneros o bien con la cooperación económica, se insertaron en la gama más amplia de problemas que, de carecer de un compromiso reforzado con las negociaciones, podían interrumpir el proceso todo.

La rapidez así como el relativo éxito en la implantación de los acuerdos y el dominio que los diferentes actores asumieron, incorporaron también a Jordania al escenario de la paz. Junto a los móviles políticos de frente a la construcción estatal palestina, jugó un papel determinante la posibilidad de que Washington satisficiera sus urgentes necesidades económicas tanto para cancelar su deuda como para renovar su arsenal militar. Ambas reforzaron el papel mediador de los Estados Unidos; de este modo, al igual que con Egipto, la administración Clinton ofreció la posibilidad de obtener apoyo a cambio de su incorporación al proceso de paz. La propia dinámica del proceso parecía reforzar su acercamiento al bloque árabe pragmático, iniciado con el colapso de los principales componentes del concepto de paridad estratégica de Siria, la URSS e Irak.

Así, durante la primera mitad de los años 90, el recurrente conflicto de la región dejó de ser pensado y periodizado en términos de las guerras libradas y las relaciones pasaron a ser conceptualizadas a la luz del desarrollo del proceso de paz. Hoy, desde la perspectiva de la violencia que azota la región, queda claro que el diálogo y la negociación, a pesar de la lentitud y los altibajos, en la medida en que excluyen la violencia seguirán formando parte de las soluciones al conflicto.¹⁹ En

¹⁹ Mario Sznajder, "Israelíes y palestinos: balance parcial de la Intifada armada", 2002 (mimeo).

el marco del carácter gradual de la construcción de entendimientos políticos, ya entonces resultaba claro que el éxito dependería no sólo de los alcances de los acuerdos negociados sino también de la capacidad de neutralización de los elementos opuestos a la paz. Mientras que la “ambigüedad constructiva”, a decir de Hana Siniora, demostraba ser estratégicamente positiva, la amenaza de los opositores planteó un reto central: hasta dónde el diálogo podría coexistir con la violencia sin ser interrumpido por ésta.



Bajo el gobierno del primer ministro Itzjak Rabin, elegido en 1992, la implementación de los acuerdos de Oslo apuntaló el avance de su primera fase, la retirada de la Franja de Gaza y de Jericó. Sin embargo, no tardaron en surgir diversas dificultades, tanto estructurales como coyunturales. La oposición a la constitución de la Autoridad Palestina por parte del *Jihad Islámico* y *Hamas* y por ende al proceso de paz, se expresó en un llamado a boicotear la elección de Arafat como Presidente de la Autoridad Palestina, en enero de 1996. El fracaso de este intento se continuó en la ola de ataques terroristas lanzados contra Israel en los meses subsecuentes que alterarían los supuestos mismos del proceso. Ciertamente definieron, en primer lugar, la alternancia electoral que condujo a Benjamín Netanyahu al poder en las elecciones llevadas a cabo tras el asesinato de Rabin en noviembre de 1995, en el marco de la campaña de deslegitimación de la que había sido objeto el primer ministro por parte de la oposición encabezada por los colonos de los territorios y los sectores del nuevo nacionalismo religioso. La desocupación de las ciudades bíblicas en Cisjordania desató la férrea oposición que habría de incidir sobre las fases ulteriores de ejecución de los acuerdos, debilitándolas. De hecho, y tal como señalamos, se vio consumada la inversión de binomio paz-seguridad del laborismo por el de seguridad-paz que caracterizarían al nuevo gobierno. La espiral de violencia incrementada por el ritmo mismo y alcance del establecimiento de nuevos asentamientos condujo a que la seguridad nacional asumiera un lugar prioritario, por sobre los acuerdos con los palestinos.

Esta tendencia se vería reforzada en los años siguientes a través de una política de desaceleración de los tiempos de implementación de los acuerdos de Oslo y de incremento de los asentamientos. El deterioro de las condiciones económicas de una región no pacificada y la inestabilidad en la frontera con el Líbano, entre otros factores problemáticos del gobierno israelí, anticiparon las elecciones en las que, en mayo de 1999, el laborismo accedió nuevamente al poder en la figura del primer ministro Ehud Barak. La propia coyuntura política interna así como las expectativas internacionales explican su febril esfuerzo por acortar los tiempos del proceso de paz y superar el gradualismo de Oslo. Necesitado de acceder a una solución cabal que permitiera que el posible acuerdo de paz tuviese una aprobación plebiscita-

ria, toda vez que no contaba con la mayoría en el parlamento, el primer ministro Barak promovió una nueva iniciativa que resultaría la más audaz hasta entonces, la que condujo a Camp David II, en julio del 2000. Se abrió así la posibilidad de recuperar la concepción y los ritmos del proceso de paz. La propuesta incluía más del 92% de los territorios de Cisjordania y Gaza para los palestinos, quedando en manos de Israel el resto para concentrar allí todos los asentamientos que se desmantelarían con la devolución de territorios. Incluía, a su vez, la anexión de zonas cercanas a Jerusalén y entre Hebrón y Jerusalén, en la que los asentamientos precedían la existencia del Estado de Israel y un bloque de asentamientos al norte de Jerusalén. Contemplaba también el tema de los refugiados con diversas opciones de retorno y arreglos internacionales de compensación. También quedó incorporada la cuestión de Jerusalén, con proposiciones de soberanía palestina parcial sobre barrios árabes y soberanía israelí sobre el Monte del Templo.

A pesar de que la propuesta fue considerada por la parte israelí como sumamente generosa —aún más, histórica— ésta nunca cristalizó. La oposición palestina a Camp David II fue un tremendo golpe a la percepción israelí de la solución del conflicto. ¿Por qué rechazar un compromiso que hubiese acabado con la animadversión, hostilidad, desconfianza y violencia entre ambas partes? Para muchos israelíes, Camp David II reforzó la mítica creencia de que los palestinos no son socios para la paz debido a la imposibilidad de negociar con ellos. Más allá de experiencias y mitos, Camp David II arrojó luz sobre las limitaciones de un proceso de negociación preso de profunda desconfianza y resentimientos mutuos así como de errores de táctica y de metodología. No hay duda que Camp David estuvo precedido y acompañado hasta el final por graves errores directivos y una total falta de preparación y, sobre todo, de una concepción y disposición diferente del liderazgo que a él acudió.²⁰ Es innegable también que tuvo significados opuestos para israelíes y palestinos. Para los primeros, una magnífica propuesta de poner fin a un conflicto centenario que fue echada a perder por la intransigencia palestina. Para los segundos, una conspiración destinada a preservar la ocupación israelí de sus territorios misma que “salía por la puerta solamente para volver a entrar por la ventana”.²¹

Desde la estructura misma de las negociaciones hasta los detalles y temas en concreto, —sobre todo en tres de ellos: el derecho al retorno de los refugiados palestinos, la soberanía sobre Jerusalén y el Monte del Templo y el retiro israelí y los asentamientos— las diferencias de interpretación resultaron insalvables. Mientras que los israelíes sos-

²⁰ Menachem Klein, “Shattering the myths of Camp David”, *Haaretz* 8 de agosto del 2003.

²¹ Uri Horovitz, “Camp David 2 and President Clinton’s Bridging Proposals. The Palestinian View”, *Strategic Assessment*, volume 3, n° 4 January 2001, Jaffe Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.

tuvieron que los Acuerdos de Camp David II debían incluir una declaración sobre el fin del conflicto, era claro para los palestinos que tal declaración era impensable en tanto no se hiciera frente a sus demandas “clave”: Jerusalén y los refugiados.²²

Por su parte, Ehud Barak delineó la cumbre de Camp David con las más altas de las expectativas: no a los acuerdos basados en futuras negociaciones graduales de etapa por etapa —como fue el caso de los Acuerdos de Oslo. En Camp David era “todo el paquete” de una vez. Camp David debía convertirse en el acuerdo histórico final. La contraparte palestina lejos estuvo de compartir tal entusiasmo: el juego del todo o nada, —de tómallo o déjalo— más la profunda desilusión que Oslo les había causado, el incumplimiento israelí de varios acuerdos internos y el intento de alcanzar un acuerdo con Siria antes de hacerlo con los palestinos, fueron algunos de los factores que originaron en la dirigencia palestina el sentimiento de ser “engañados” por el gobierno israelí. Ello, aunado al hecho de que las propuestas de Camp David se quedaban, en opinión palestina, cortas en relación a los refugiados palestinos, que el intercambio de territorios resultaba ser desbalanceado y que el asunto de la soberanía sobre el Monte y Jerusalén estaba muy lejos de ser resuelto, contribuyó a la percepción palestina de que “los propósitos de Barak no eran otros que el de presionarlos, deprimir sus expectativas y empeorar sus alternativas”.²³

Indudablemente, un papel crucial fue el jugado por Arafat. Todo intento de proponer, cambiar o aceptar cualesquiera de los puntos y temas abordados entonces, dependió, en primera y última instancia, de su incómoda postura, marcada por la desconfianza frente a israelíes y norteamericanos por igual. Camp David fue entendido por él como una arena donde era preferible disminuir las pérdidas que maximizar las ganancias. De aquí que, sin descartar llegar a un acuerdo final, el balance de las negociaciones fue, de entrada, negativo. Su rechazo a la propuesta conjuntó así desde la desconfianza en la sustitución del gradualismo de Oslo alimentada por la percepción, transmitida a la población palestina, de que ya se habían hecho los sacrificios máximos y cualquier otro paso no sólo sería contraproducente sino insostenible con la falta de confianza recurrente en la mesa de negociaciones como espacio de encuentro y resolución política.

La incapacidad de neutralizar las demandas opositoras o bien la falta de voluntad de pagar el precio de la alternancia política explican gran parte de la ambigüedad manifestada por Arafat frente a la política como ámbito de negociación y de construcción de instituciones. Junto al presidente de la Autoridad Palestina llamado a construir un Estado, con la consecuente institucionalidad y legalidad requeridas, convivían

su rol como jefe del Comité Ejecutivo de la OLP; líder del Comité Central de *Fatah*, la principal facción política de aquélla y el presidente del Estado palestino en el exilio, declarado en 1988. Los tres últimos papeles se impusieron sobre el primero, impidiéndole transitar de líder de una organización de liberación nacional al de diseñador y constructor de una nación y de un ordenamiento político que debía conciliar eficacia con democracia y modernización con participación, en un contexto que demandaba la construcción de nuevos consensos civiles.²⁴ Más aún, su liderazgo continuó reafirmando la centralidad de la lucha por la destrucción de Israel como referente de articulación de la identidad palestina y frente a la política y sus reglas mantuvo la disposición de acudir a las armas.

Ello se dio paralelamente al proceso de fragmentación en el seno del campo palestino, no sólo entre las diferentes organizaciones y facciones políticas y militares sino también entre el liderazgo que se fraguó en la región y aquél que vino a ella del exilio. La gran ironía de la *intifada* de 1987-1993 es que quien firmó los acuerdos de Oslo fue el grupo radicado en Túnez, desprestigiado y marginado tras la Guerra del Golfo, y no quienes lideraron la revuelta en los territorios.²⁵ El liderazgo exiliar es el que asumió los altos cargos directivos de la nueva Autoridad Palestina con una limitada capacidad de construir nexos entre civilidad y ciudadanía. Este último aspecto resulta esencial para comprender los crecientes grados de frustración y pérdida de confianza en la representatividad y eficacia de la política que están detrás de la segunda *intifada*, a partir de septiembre del 2000.

Las negociaciones no pudieron ser salvadas por el presidente Clinton cuyo interés en acelerar los tiempos alrededor de Camp David obedeció a la finalización inminente de su mandato y a su interés de proyectar su gestión en un renovado posicionamiento de Estados Unidos en la región. Consecuentemente, convocó nuevos esfuerzos que no prosperaron tales como la reunión en Sharm al Sheik, donde se creó la Comisión Mitchell en diciembre del 2000, y la reunión de Taba en enero del 2001. La violencia y frustración de amplios sectores de la población palestina, el creciente deterioro de la seguridad en Israel y en los asentamientos israelíes impidieron un cese al fuego y agravaron sucesivamente las condiciones en la región.

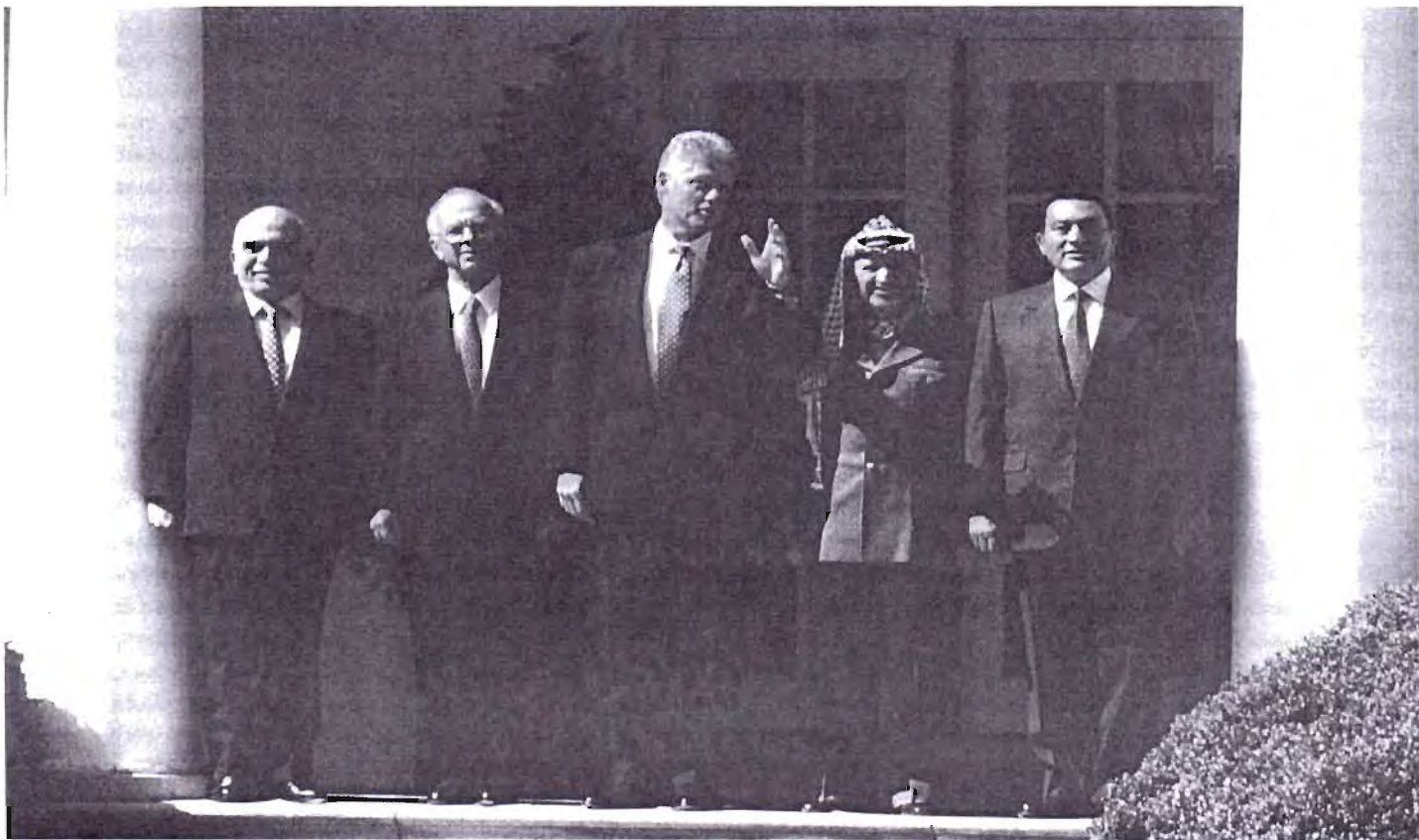
Así, la segunda *intifada* habría de poner fin a la convivencia de la oposición violenta con las negociaciones, evidenciando que Arafat no sólo no podía neutralizarla, sino que la descubrió como aliada y recurso estratégico. El carácter de revuelta popular inicial, que recordaba la primera, se desplazó progresivamente hasta arrastrar tras de sí la participación de elementos armados palestinos, tanto oficiales como no oficiales. La respuesta israelí y las sucesivas represalias se ar-

²² *Ibidem*.

²³ Hussein Agha y Robert Malley, “Camp David: The Tragedy of Errors”, *The New York Review of Books*, vol. 48, n° 13, 9 de agosto del 2001.

²⁴ Glenn Robinson, “Palestine After Arafat”, *The Washington Quarterly*, otoño de 2001.

²⁵ *Ibidem*.



Fotografía: OHAYON AVI.

Proporcionada por el *National Photo Collection of Israel* del *Photography Department of the Government Press Office*.

ticularon a través del ejército y la policía. Tal como adecuadamente afirma Mario Sznajder²⁶, cada parte actuó dentro de los límites que sus estructuras, instituciones y nivel de legalidad le permitieron; el incremento de la violencia, a su vez, condujo a los liderazgos a decidir qué camino tomar.

En el caso israelí, la segunda *intifada* también estuvo detrás del resultado electoral de febrero de 2001 que le dio el éxito a Sharón. El establecimiento de un gobierno de unidad nacional abrió así las puertas a la oscilación, en los márgenes de un equilibrio frágil, entre los partidos de derecha y el laborismo. El incremento de la violencia y la inseguridad definirían progresivamente el sentido de esta oscilación.

La decisión de Arafat de liberar a los activistas de los grupos terroristas de *Jihad* y *Hamas* con su impacto incremental de violencia llevó a un distanciamiento creciente de la negociación como vía de acceso a la construcción estatal, a un creciente activismo de ese liderazgo en el ejercicio de la violencia y a su consolidación como opción deslegitimadora de cualquier tipo de negociación. Ciertamente la política, como ámbito de negociación y acuerdos entre las partes perdió espacio.

Las transformaciones internas en ambas sociedades incidieron, una vez más, de un modo contradictorio, sobre los márgenes de posibilidades de construcción de la paz. En el

caso de la sociedad palestina, las tendencias previamente señaladas continuaron operando. Las crecientes tasas de desempleo mantuvieron a muchos jóvenes dentro de la red educativa. El perfil de estas nuevas generaciones, con un carácter más profesionalizante, aunque menos lucrativo generó, a su vez, mayor descontento social y, por ende, mayor radicalización política. Tal vez un modo extremo de ejemplificar esta situación lo encontramos en la figura del atacante suicida, en el que convergen, además de juventud, altos niveles de educación. Muchos de los atacantes han sido reclutados por el llamado "Bloque Islámico" de la Universidad Al Najah, en Nablus, y por activistas de la Universidad Islámica de Gaza.²⁷ La autoimagen construida por la negación del Otro también se vio radicalizada a través de su intelectualización.

La violencia generó el fortalecimiento del fundamentalismo islámico a expensas del debilitamiento del liderazgo de Arafat, de la Autoridad Palestina y, en general, del movimiento nacional. Si bien el fundamentalismo islámico no es distinto, en el fondo, de cualquier otro fundamentalismo religioso y como tal es hijo del desencanto y la decepción frente

²⁶ M. Sznajder, *op. cit.*

²⁷ Nahman Tal "Suicide Attacks. Israel and Islamic Terrorism", *Strategic Assessment*, vol. 5, n° 1, 2002, Tel Aviv, Jaffe Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.

a los experimentos de la Modernidad que, a sus ojos, les ha fallado a través del “veneno” de la secularización, en el mundo musulmán adquirió una creciente relevancia religiosa y social. Profundamente antilaicista, esta visión de mundo no sólo condenó a los regímenes occidentales “infieles” sino también a aquellos gobiernos musulmanes que relegaban al Islam a un papel marginal. Unos y otros fueron considerados “*yahilí*”, bárbaros, y, por ende, debían ser combatidos a través de la *jihād* y derrocados. Su ascendencia en el seno de la población palestina estaría nutrida, a su vez, por la ausencia de políticas públicas y sociales de la Autoridad Nacional Palestina y por su corrupción, factores que abrieron la puerta a que los grupos fundamentalistas llenaran el vacío desde la sociedad civil, permeando el propio tejido social. Si bien núcleos de este tipo surgieron ya desde la década de los años sesenta con el propósito declarado de destruir el Estado de Israel, algunos de ellos, como la organización *Fatah* que luego constituiría el núcleo principal de la OLP, optarían años después por la línea política. Sin embargo a la luz de la segunda *intifada*, *Fatah* apoyó abiertamente e, inclusive, participó en no pocos actos de terrorismo contra la población civil israelí a través de tres de sus “brazos militares”: la Fuerza 17, *Tanzim* y la Brigada de los Mártires de *Al-Aksa*.

Hamas, por su parte, se opuso desde su fundación en 1988 a la existencia de Israel en cualquier forma. En su plataforma constitutiva declara que “no existe una solución a la cuestión palestina más que la guerra santa” y su propósito ha sido el de instaurar un Estado islámico en lugar de la “entidad sionista”. Su rama militar, *Izz al-Din al-Qassam*, fue la responsable de una intensa campaña de terrorismo contra el Estado de Israel. También *Al-Yihad al-Islami*, la *Jihad* islámica, aspira, desde su fundación a finales de los años 70, a la destrucción de Israel y la creación de un imperio panislámico en el Medio Oriente. La liberación de Palestina es vista como la clave para la unificación del mundo árabe y musulmán y no al revés. El desarrollo de estas organizaciones ha puesto también en evidencia la tensión entre los componentes religiosos y los ideológicos-nacionalistas de los proyectos político en el seno de la población palestina.

Desde una perspectiva histórica, la envergadura de la crisis replanteó la posibilidad y capacidad de superar un rechazo histórico que conjunta la animosidad del conflicto, siempre político, con profundos sentimientos antijudíos. En esta línea, tras el acuerdo de paz con Egipto y después de Oslo, privó la tendencia a reforzar una imagen y una narrativa que recuperaba un pasado de convivencia pacífica entre musulmanes y judíos y enfatizaba el origen occidental del antisemitismo. No obstante hay que recordar que desde el siglo XIX, en el marco de los procesos de modernización y durante el mandato británico, los nacionalistas árabes, musulmanes y cristianos, apoyaron regímenes e ideologías profundamente antijudías. Jóvenes nacionalistas de Egipto, Irak y líderes palestinos como Haj Amin al Husseini establecieron nexos con la Alemania nazi. De allí que la coexistencia de senti-

mientos anti-israelíes o anti-sionistas, que forman parte de la retórica nacional árabe con un discurso antijudío o antisemita hace difícil el deslinde, tanto más requerido para comprender los procesos de construcción de confianza. Hace también difícil deslindar entre la manipulación y el uso de la propaganda con propósitos de movilización y la autenticidad y profundidad de los conceptos y sentimientos antisemitas así como la interacción entre ambos.²⁸

Si bien resulta fundamental resaltar que las culturas nunca son homogéneas ni unitarias ni menos aún indivisibles, sino que, por el contrario, son la suma de ideas, elementos y conductas diferentes, la confrontación ha amenazado con ampliar las grietas de entendimiento en la región. Para el mundo árabe, aunque no sólo para él, el sionismo operó como objeto sustituto de su encuentro con occidente y los orígenes de éste pueden rastrearse incluso hasta antes del establecimiento del Estado de Israel. Si desde sus inicios el proyecto sionista fue visto en el mundo árabe como una prueba a su capacidad de supervivencia con la modernidad occidental, el surgimiento del Estado de Israel y las sucesivas guerras fueron vividos como una demostración de la dificultad de ese encuentro. El 11 de septiembre sumó aún mayor dificultad a la ecuación Occidente-Estados Unidos- Israel.

En el ámbito interno, así como la primera *intifada* reforzó dilemas básicos de la identidad de la población árabe residente en Israel, la *intifada* armada ha agravado las fisuras entre esta población y la israelí. El apoyo de los árabes israelíes a la revuelta palestina fue un elemento central en los eventos trágicos de octubre del 2000, cuando la policía israelí disparó contra los árabes que estaban manifestándose en la Galilea. Como se recordará, 13 de ellos fueron muertos y hubo heridos. Esta ruptura en la confianza mutua entre judíos y árabes israelíes ha creado una tensión que no ha disminuido, a pesar de la instauración de una comisión independiente de investigación de los sucesos.

Desde la perspectiva israelí, ha reforzado la preocupación creciente por la demografía como otro de los explosivos problemas de la zona. Las expresiones de solidaridad árabe con la causa palestina han hecho temer la posibilidad de una “quinta columna” compuesta por árabes israelíes que verían al Estado hebreo como ilegítimo.²⁹ Así, la escalada en la violencia condujo a buena parte de la opinión pública israelí a dudar sobre los beneficios del proceso de paz y a tender, entonces, hacia un espectro político más identificado con posiciones que refuerzan la preocupación por la seguridad nacional.³⁰ Las encuestas de opinión pública señalan que, si bien hay voluntad por llegar

²⁸ Dalia Ofer, “Arab and Muslim Antisemitism Today: Traditional or Contemporary”, *Annual Report-International Center for the Study of Antisemitism*, octubre de 2001, The Hebrew University of Jerusalem.

²⁹ Shai Feldman, “Managing the Conflict with the Palestinians. Israel’s Strategic Options”, *Strategic Assessment*, vol. 5, n° 1, 2002, Jaffee Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.

³⁰ Asher Arian, “A Further Turn to the Right. Israeli Public Opinion on National security. 2002”, *ibidem*.

a un arreglo, éste sería el resultado de la correlación de fuerzas más que de la negociación y la concertación.

Por su parte, las transformaciones en el contexto internacional apuntan hacia escenarios complejos, arrojando de nueva cuenta signos positivos para el acercamiento político. Sin embargo, los aspectos negativos no han estado ausentes.

Los sucesos del 11 de septiembre generaron un cambio radical en el orden internacional, en la concepción misma de lo que es la guerra y lo que significa el terrorismo³¹ y han afectado de un modo directo la política exterior de Estados Unidos y su involucramiento en la región. Con la llegada al poder de la administración Bush, se dio un distanciamiento inicial de dicha postura, alentando una política exterior y de defensa unilateral altamente excluyente. Basada en un escepticismo hacia los marcos y organizaciones internacionales, esta estrategia buscó alejarse de los riesgos de una gestión militar en regiones del tercer mundo, incluido Medio Oriente y optó por los instrumentos de la diplomacia más tradicionales. Sin embargo, el incremento de violencia en la zona ya había conducido a que desde abril del 2001, aun antes de los acontecimientos de septiembre, aumentase su interés en la región. Temeroso de que su postura fuese interpretada por el mundo árabe como un apoyo de facto a Israel, se distanció de su perfil bajo y emprendió un esfuerzo renovado para asegurar un cese de fuego palestino/israelí estable. Sus principales instrumentos fueron entonces el Informe Mitchell y el Plan Tenet. El primero, si bien producto de la administración Clinton, fue hecho público en abril del 2001 y retomado por la presidencia de Bush.³²

A diferencia del Informe Mitchell que abarcaba diferentes fases, hasta la renovación de las negociaciones, el Plan Tenet, elaborado por el director de la CIA en junio del 2001, se abocó exclusivamente a la primera fase del Informe Mitchell, definiendo las modalidades para alcanzar un cese de fuego estable.³³ La visita de Colin Powell en junio del 2001 tuvo el propósito de auxiliarse de ambos instrumentos para accele-

rar las condiciones operativas de cese del fuego. Su decisión de aceptar los prerequisites del primer ministro Sharón de permitir que pasaran siete días de tranquilidad seguidos de un periodo de seis semanas de enfriamiento de los enfrentamientos antes de aplicar los lineamientos del Informe Mitchell limitaron la capacidad de maniobra de la diplomacia de los Estados Unidos en el seno del campo palestino.

Serían precisamente los acontecimientos de septiembre y la búsqueda de un amplio frente aliado en la lucha contra el terrorismo lo que conduciría a Estados Unidos a un acercamiento con el mundo árabe. El interés de incorporar en el amplio frente de lucha a países como Egipto y Arabia Saudita estaba detrás de los movimientos de acercamiento que veían el establecimiento de un Estado palestino, que coexistiera con el Estado judío, parte integral de un arreglo permanente entre Israel y Palestina.³⁴ Al tiempo que se le continuaron exigiendo a Israel el fin a las actividades de asentamiento, persistió la condena a los actos de terror palestino; el alcance del frente internacional de combate al terrorismo limitaba la posibilidad de distinguir entre tipos de terrorismo. De hecho, el incremento de la violencia limitó los esfuerzos norteamericanos posteriores y condujo a su cuestionamiento del liderazgo de Arafat. También continuaron focos de tensión con el gobierno israelí, sobre todo la cuestión de los asentamientos, el uso de los aviones F16 contra la población palestina y las repetidas incursiones israelíes.

Se perfiló así un escenario de participación ampliada del mundo árabe como estrategia complementaria y compensatoria del liderazgo de Arafat, recordando la metodología de Madrid en su doble circuito, multilateral y bilateral, buscando la conveniencia de construir interdependencias en las esferas funcionales mientras que en el circuito bilateral, esencialmente político, se buscó sentar las bases que facilitasen dicha interacción. Cabe recordar que los límites de esta estrategia entonces se derivaron de la imposibilidad de avanzar en los acuerdos políticos que permitieran la interacción funcional, lo que incidió sobre la integración regional.³⁵

Es precisamente desde la perspectiva de la lucha contra el terror en la que emergió Afganistán, primero, e Irak después, como parte de una concepción que definió el papel de los Estados que apoyaron este tipo de acción. El protagonismo de Estados Unidos se iría consolidando junto a la redefinición de los actores y la creciente importancia de toda la región como sede del proceso.

La invasión de Afganistán fue relativamente rápida y exitosa en la configuración de la coalición internacional y marcó con mayor precisión el objetivo de combate a los paí-

³¹ Ulrich Beck, *Sobre el Terrorismo y la Guerra*, Barcelona, Paidós, 2003.

³² En esencia, el Informe Mitchell concebía un proceso de reducción del conflicto incremental y por fases, basado en nociones de reciprocidad y simetría entre las partes. Mientras que Israel era llamado a congelar todas las actividades de asentamiento en la Margen Occidental, incluido el crecimiento natural de los asentamientos existentes, como parte de las medidas de construcción de confianza que habría de seguir al cese de fuego, a la Autoridad Palestina se le exigía hacer claro, mediante acciones concretas, que el terrorismo era condenable e inaceptable y, consecuentemente, hacer un esfuerzo por prevenir los actos de terrorismo y castigar a los perpetradores. Sólo después de que esas medidas fuesen cabalmente aceptadas e implementadas podrían retomarse las negociaciones diplomáticas entre las partes.

³³ De allí que llamaba al lado palestino a aprehender y encarcelar terroristas, recolectar las armas ilegales y proveer a Israel con información sobre acciones terroristas. A Israel, por su parte, le exigía evitar los ataques a instituciones civiles y militares de las áreas A (bajo control completo de la Autoridad Palestina), retirar a su ejército a las posiciones previas al estallido de la segunda *intifada* y levantar los bloques en los territorios.

³⁴ De acuerdo a la resolución 1397 del Consejo de Seguridad de la ONU, emitida el 12 de marzo del 2002, donde se alienta: "el concepto de una región en que dos Estados, Israel y Palestina, vivan uno junto al otro dentro de fronteras seguras y reconocidas..."

³⁵ A. Arnon, y J. Weinblatt, "Sovereignty and Economic Development: The Case of Israel and Palestine", *The Economic Journal* n° 111, junio del 2001.

ses asociados al terrorismo. En esta lógica se inscribe la guerra de Irak y la expectativa de su impacto sobre el Medio Oriente. Ya en enero del 2002, el presidente Bush había afirmado que Irak continuaba haciendo alarde de su hostilidad hacia Estados Unidos y apoyando el terrorismo, generando respuestas variadas en el seno de los países árabes, sobre todo por la mención a los integrantes del “eje del mal”. Conviene recordar que tras la Guerra del Golfo, parte del “misterio” de la política de Estados Unidos hacia Irak se manifestó sorpresivamente en la interrupción del proceso bélico y la falta de apoyo a shiitas y kurdos, lo que reflejó entonces su propia concepción de defensa de la integridad de Irak como condición de estabilidad en la zona.³⁶ Después de la guerra, sin embargo, Irak no envió signos de satisfacer esta expectativa. Ciertamente llevó a cabo una política de acercamiento y conciliación con sus vecinos, recuperando su lugar como factor de influencia en la zona.³⁷ Si bien su ascendencia no ha sido homogénea ni igual sobre los países de la región, el “frente oriental” se vio reforzado. El cambio más notorio se dio con Siria. A pesar de las suspicacias y desconfianza mutuas, una vez que le fue autorizada a Irak la venta de petróleo bajo supervisión de la ONU, los ingresos fueron canalizados hacia la compra de productos agrícolas a Siria. Por su parte, las relaciones con Egipto alcanzaron niveles de interacción previamente inexistentes. Las relaciones comerciales se intensificaron y al igual que Damasco, El Cairo también salió beneficiado con la venta de productos como parte del Programa Petróleo por Alimentos. Si bien tanto Siria como Egipto fueron cautelosos en sus relaciones diplomáticas con Irak y en ocasiones fueron críticos del régimen de Hussein, desde fines de 1999 ambos externaron la demanda de poner fin al embargo petrolero. Ciertamente cabe la posibilidad de que esta demanda haya sido planteada sabiendo de antemano que Estados Unidos y Gran Bretaña se opondrían y ambos regímenes tomaron una causa popular en el mundo árabe sin arriesgarse a tener consecuencias que alterasen el equilibrio inter-árabe en la región.³⁸ Jordania, por su parte, con una economía más dependiente de Irak, sostuvo una actitud de mayor prudencia.³⁹

³⁶ Eli Kedourie, “Irak: the Mystery of American Politics”, *Commentary*, vol. 6, 1991

³⁷ Amatzia Baram, “Saddam Husayn: Between his Power Base and the International Community”, *Middle East Review of International Affairs*, vol. 4, n° 4, diciembre del 2000.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ Desde una óptica igualmente regional, mientras que las relaciones de Irak con los Emiratos Árabes también mejoraron durante la segunda mitad de los años noventa, con Kuwait y Arabia Saudita se mantuvieron tensas, contrastando con la tendencia de la mayoría de los países árabes, incluidos los de África del Norte y Yemen, que normalizaban gradualmente sus relaciones con Irak. Por su parte, los nexos con Turquía, no ausentes de ambivalencias, mantuvieron un carácter estable. Desde 1991 Turquía había permitido a la fuerza aérea anglo-norteamericana el uso de su base de Incirlik para supervisar la zona norte de no-vuelo y se opuso en repetidas ocasiones a poner fin al embargo petrolero. La cuestión kurda, por su parte, operó en sentido inverso.

Este panorama de posicionamiento de Irak en la región es necesario verlo, a su vez, a la luz de la división de intereses expresada en el seno de las Naciones Unidas que afectó directamente la posibilidad de construir un frente único europeo. Su obstáculo principal para asumir un rol destacado fue precisamente la falta de una política exterior común. Su comportamiento ha estado marcado no sólo por los intereses concretos en el petróleo, sino que, de un modo más general, por sus aspiraciones en el Medio Oriente, región vivida y pensada como la frontera inmediata. Este interés geopolítico se ha visto reforzado por la presencia musulmana y árabe en el seno de sus propias poblaciones.

Resulta significativo destacar que para Israel, el cuestionamiento de la actitud de Europa y la voluntad de limitar su participación tiene profundas raíces históricas que se remontan a lo que puede ser definido como un profundo choque entre la condición judía y la condición europea expresado en la ambivalencia histórica hacia el lugar de los judíos en la construcción de la modernidad europea. Al tiempo que ha sido espacio de interacciones humanas y culturales, Europa ha sido territorio de persecuciones, *pogroms* y el Holocausto. Sin embargo, con el estallido de la *intifada*, la crítica europea al gobierno israelí hizo uso ligero e irresponsable de expresiones como genocidio, exterminio y Holocausto.

La influencia de Europa en la región vuelve a proyectarse por su participación como parte orgánica del Cuarteto que elaboró el Mapa de Ruta, propuesta formulada en diciembre de 2002 por Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y la ONU. Ésta se nutre de la experiencia de una larga década y formula una solución basada en el reconocimiento mutuo, la coexistencia estatal y liderazgos legítimos y negociadores: en el caso palestino, comprometido con la construcción estatal, institucionalidad, ordenamiento de civilidad y democracia; en el caso israelí, dispuesto a tomar las medidas que se exijan para el establecimiento del Estado palestino.

Caracterizado por ser un instrumento basado en realizaciones, propósitos definidos, fases, tiempos y fechas límites, el nuevo plan busca orientar los avances progresivos a través de pasos recíprocos de las dos partes en el ámbito político, de seguridad, económico, humanitario y de construcción de instituciones. Considera que la solución de los Estados será lograda a través de tres fases, a partir del fin de la violencia y el terrorismo, el reconocimiento y la negociación entre las partes. Prevé que el Cuarteto apoyará la implementación, que comienza en la primera fase con el diálogo entre las partes de quienes dependerá, por otro lado, los logros basados en el cumplimiento de sus obligaciones mutuas. El arreglo final recoge las bases de la Conferencia de Madrid, el principio de tierra por paz, las resoluciones de la ONU 242, 338 y 1397, acuerdos previos entre las partes y la iniciativa del Príncipe Abdullah de Arabia Saudita, avalado por la Cumbre de la Liga Árabe en Beirut que llama a aceptar a Israel como un vecino con el que se ha de vivir en paz y seguridad, en el contexto de un arreglo global. De este

modo, la iniciativa contempla el arreglo de Israel con Siria y con Líbano. Mientras que la primera fase cubre el fin del terror y la violencia, la normalización de la vida en Palestina y la construcción de instituciones palestinas, la segunda, de transición (contemplada inicialmente hasta diciembre del 2003), se caracteriza por esfuerzos para crear un Estado palestino independiente con fronteras provisionales y atributos de soberanía, basado en una constitución como un paso para su estatuto permanente. La tercera y última fase contempla un arreglo permanente y el fin del conflicto (2004-2005) supone la consolidación de las reformas y estabilización de las instituciones palestinas.⁴⁰

Sin duda alguna, la recuperación de la propuesta por el gobierno de Bush como expresión de la reafirmación del involucramiento de Estados Unidos en la zona y las transformaciones en el ámbito internacional derivadas de los realineamientos en el marco de la lucha contra el terrorismo han abierto las condiciones estructurales para el diálogo entre las partes y han influido sobre el papel de los autores de la propuesta. Mientras que la participación de la ONU debe ponderarse a la luz del cuestionamiento que ha sufrido tras el resultado de la intervención en Irak y Rusia busca una nueva inserción en la región, en el marco de los nuevos parámetros internacionales, Europa ha sufrido las consecuencias de la ausencia de una política exterior común.

Entre los supuestos del nuevo plan, desde la óptica del liderazgo requerido para la construcción institucional del Estado en ciernes —que exige el monopolio legítimo de la violencia y no su dispersión entre grupos que se disputan su titularidad— el fin de la era de Arafat y la transición del poder resultan fundamentales. La convergencia de intereses en el combate al terrorismo apuntan hacia uno de los rasgos importantes a discernir en la coyuntura actual: la creciente complejidad y diferenciación en el seno de la sociedad palestina, misma que permite construir alianzas que atraviesan fronteras. Esto mismo es válido para la permanente diversificación interna del espectro político israelí. Sin embargo, y tal como señalamos previamente, una de las dimensiones que la segunda *intifada* reveló fue la diferencia en el alcance de institucionalización de ambas partes y la relevancia del liderazgo en este proceso. La incapacidad de construcción de un pluralismo institucional y político en el seno de la Autoridad Palestina así como la falta de voluntad de pagar el precio de la impopularidad o de la alternancia agotó los límites de maniobra de Arafat y desplazó los focos de poder a los grupos islámicos.

Por otra parte, si a lo largo de la década no se construyó la confianza y el reconocimiento ¿cómo regresar a la política? Tal como observamos, conflictos de esta naturaleza requieren soluciones políticas acotadas y concertadas pero también confrontan cosmovisiones y narrativas. Gran par-

te de la narrativa nacional judía que recupera la persecución y el rechazo histórico ha sido incorporada a la narrativa palestina: exilio, dispersión, retorno, Holocausto. Sin embargo, el rechazo a descubrir la dimensión de movimiento nacional del sionismo y su recurrente percepción como movimiento colonialista de expansión de Occidente ha conducido a que en la interacción de narrativas, esta incorporación devenga negación. Por otra parte, atendiendo a las identidades colectivas nacionales como comunidades imaginarias, surge el desafío de construir nuevos referentes que condicionarían las percepciones mutuas así como la definición misma de la naturaleza del conflicto. Ciertamente, la reconversión de imágenes y valores para superar barreras históricas resulta más probable en el marco de un proceso de construcción de intereses convergentes a corto y mediano plazo que incida sobre la construcción social y cultural de las identidades colectivas. Éstas son el resultado de procesos de construcción social que aunque están nutridos por profundas raíces culturales, dependen de una elaboración continua en la que la voluntad política ocupa un importante espacio.

A los procesos socio-políticos y culturales se suman hoy, de nueva cuenta, las consideraciones económicas de una región que ha pagado el precio de la no pacificación con una severa crisis económica, falta de crecimiento y pauperización de su población. Aunque el comportamiento de la economía israelí y de la palestina ha sido diverso y diferenciado, en función de las capacidades y estructuras previas, el carácter sostenido y singular del conflicto ha tenido efectos negativos en ambas sociedades. Si bien factores tales como la política gubernamental, en un caso y la corrupción en el otro, y la influencia de la economía global han jugado un papel importante en la recesión económica que ha afectado a la zona, es sin duda alguna la violencia la que ha puesto su impronta sobre la crisis.

Así, a través de continuidades y rupturas, se afirma de nueva cuenta la apuesta a construir una convivencia pacífica. Siguiendo la metáfora de Harcavi, las partes en conflicto encuentran la necesidad de subirse a un tren sin saber cuál será la estación de llegada y aunque en el camino puedan descubrir que deben pagar un alto costo, el no hacerlo puede tener resultados catastróficos. Sin embargo, el Mapa de Ruta, con su definición de propósitos, fases y tiempos que orientan el avance progresivo por medio de medidas recíprocas que construyen interdependencias, puede ser visto como una modificación del patrón de las iniciativas previas. Negociación y política, la construcción de instituciones y el pragmatismo son así binomios que pueden ser reforzados para interrumpir los altibajos del proceso de paz y la alternancia entre ciclos de diálogo y violencia. Esta larga década no sólo apunta hacia el carácter multifacético del conflicto, en que se convocan las dimensiones históricas, sociales, económicas, políticas y culturales, sino también a la toma de distancia de modalidades previas a la luz de las nuevas interacciones entre lo local, lo nacional, lo regional y lo global. La globalización hoy

⁴⁰ El texto del Mapa de Ruta puede ser consultado en inglés en <http://www.mideastweb.org/quartetrm3.htm>. Vid *infra* p. 136



Fotografía: KOREN ZIV.

Proporcionada por el *National Photo Collection of Israel del Photography Department of the Government Press Office.*

implica múltiples procesos que se expresan en redes de interacción entre actores locales, estados e instituciones transnacionales que abren la posibilidad de remodelar la política en la región y construir nuevos nexos entre las partes.

ADDENDUM

La muerte de Arafat en noviembre del 2004 abrió nuevas posibilidades al desarrollo político palestino. Paralelamente a la emergencia de los primeros signos de violencia resultantes de la multiplicidad de facciones que gravitan en la política palestina, se llevó a cabo pacíficamente la elección inicial de tres sucesores para asumir los numerosos roles que Arafat concentró. Posteriormente, en febrero del 2005, el pueblo palestino realizó elecciones presidenciales en las que privó la madurez política por sobre la oposición de los grupos extremistas islámicos. De ahí que, a pesar de que el legado de Arafat pudo ser disputado entre cinco facciones, tres instituciones diferentes y catorce grupos de seguridad dentro de *Fatah*,⁴¹ la capacidad y determinación de superar la anarquía mostraron sus propios signos.

Ciertamente, el nuevo liderazgo encabezado por Mahmud Abbas (mejor conocido por su apodo, Abu Mazen) enfrenta la tarea de construir su poder y legitimidad. La necesi-

dad de establecer confianza, representación y participación demanda un gran esfuerzo para mantener la estabilidad y construir la dimensión de institucionalidad que estuvo ausente en la era de Arafat.

Mientras que la interdependencia funcional entre Israel y los palestinos se construye, parece tomar forma una de tipo político entre los líderes de ambos pueblos. Cada uno necesita del otro para fortalecer sus posiciones internas y hacer compatibles sus demandas, aunque difieran enormemente los mecanismos políticos y las alianzas necesarias. La consolidación del liderazgo palestino actual refuerza, sin duda, las oportunidades estructurales. Sin embargo, el compromiso de Abbas de poner fin a las actividades terroristas contra los israelíes necesita aún del consenso de *Hamas* y la *Jihad Islámica*. Por su parte, la retirada de Gaza es vista como un primer paso en el proceso.

Desde la óptica internacional, cabe destacar que los Estados Unidos han renovado su involucramiento en el proceso así como en la región. La administración del Presidente Bush busca traducir su lucha contra el terrorismo a una estrategia mayor, más positiva y perdurable como lo es la construcción de regímenes democráticos en el Medio Oriente.⁴² Esta es-

⁴¹ Rubin Barry, "Understanding Palestinian Politics", *Foreign Policy Research Institute*, 4 de noviembre del 2004.

⁴² Martin Walter, "The Democratic Mosaic" *The Middle East. Ready for Democracy? The Wilson Quarterly*, Woodrow Wilson International Center, Washington, primavera del 2004.



trategia está encaminada a promover la liberalización de los mercados, la realización de elecciones libres, una prensa independiente y la consolidación de asociaciones cívicas y políticas que permitan transitar a la democracia en 22 países árabes. Este proyecto necesita de un gran apoyo internacional, tanto político como financiero, para lo cual el arreglo de paz entre israelíes y palestinos resulta ser una pieza central. Lo opuesto es también cierto: la democratización del mundo árabe contribuirá a acelerar el proceso de pacificación.

El compromiso con la democracia —y no sólo con procesos de liberalización política— implica una toma de distancia de los programas previos en la región, orientados a apoyar a regímenes alineados con Washington. El hecho de que los sectores islamistas fueron los primeros en beneficiarse de la apertura democrática de fines de los años 1989 y principios de los 1990 reforzó la lógica de esta estrategia de *realpolitik*.⁴³ Por ello, entre los cuestionamientos que hoy emergen destaca el relacionado con la capacidad de fortalecer la organización y participación política que contrarreste la presencia de los grupos islámicos. El control que ejercen en las mezquitas urbanas y en las organizaciones y redes de asistencia social les ha dado una ventaja considerable desafiando así los límites sobre otros sectores de la sociedad, desafiando así las limitaciones de una despolitización forzada.

Este interrogante es válido tanto para la sociedad palestina como para las sociedades del mundo árabe que permanecen débiles y fragmentadas. La nueva estrategia —seguida por los Estados Unidos y su alianza incremental aunque difícil con Europa— exhibe diversas modalidades: desde la intervención directa para promover cambios radicales hasta

un acercamiento gradual orientado a respetar los ritmos y realidades políticas, sociales y culturales de la región.

Observando las nuevas oportunidades y riesgos de construcción de la paz a través de los lentes de esta prolongada década, la fase actual combina profundos cambios locales con transformaciones regionales e internacionales. Su ritmo e intensidad deberán sobreponerse a los riesgos derivados de la extrema precaución que acompañó a Oslo así como de las vicisitudes asociadas al carácter impetuoso de Camp David. ❦

⁴³ Daniel Brumberg "Beyond Liberalization?", *ibidem*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agha, Hussein y Robert Malley, "Camp David: The Tragedy of Errors", *The New York Review of Books*, vol. 48, n° 13, 9 agosto del 2001.
- Adjami, Fouad, *The Arab Predicament. Arab Political Thought and Practice since 1967*. Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- Almog, Shmuel (ed.), *Zionism and the Arabs*, Jerusalem, The Historical Society of Israel, 1983.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities*, London, Verso, 1991.
- Arian, Asher, "A Further Turn to the Right. Israeli Public Opinion on National security 2002", *Strategic Assessment*, vol. 5, n° 1, 2002, Tel Aviv, Jaffee Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.
- Arnon, A. y Weinblatt, J., "Sovereignty and Economic Development: The Case of Israel and Palestine", *The Economic Journal* 111, junio del 2001.
- Avineri Shlomo, "Sidestepping Dependency", en *Foreign Affairs*, vol. 73, n° 4, julio-agosto de 1994
- Bankier, David, *El Sionismo y la Cuestión Palestina. Las percepciones de la confrontación*, Jerusalén, Magness Press, 1989.
- Baram, Amatzia "Saddam Husayn: Between his Power Base and the International Community", *Middle East Review of International Affaires*, vol. 4, n° 4, diciembre del 2000.
- Bat Ye'or, "The Arab Lobby in the European Union. European fears of the gathering Jihad", *FrontPageMagazine*, febrero del 2003.
- Beck, Ulrich, *Sobre el Terrorismo y la Guerra*, Barcelona, Paidós, 2003.
- Ben Ami, Shlomo, *¿Cuál es el Futuro de Israel?*, Barcelona, Ediciones B, 2002.
- Ben Meir, Alon, "Israelis and Palestinians: Harsh Demographic Reality and Peace", *International Problems Society and Politics*, vol. 32, 60 (1-2), 1993.
- Bercovich, J. y B. Mandell, "Conflict Management and Peace Making in the Middle East", *International Problems. Society and Politics*, vol. XXXII, n° 60, 1993.
- Bill, J. y R. Springborg, *Politics in the Middle East*, New York, Harper Collins, 1990.
- Bokser, Judit, "De la guerra a la paz en el Medio Oriente: política, economía y cultura", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n° 159, año XL, Quinta Época, enero-marzo de 1995.
- Brumberg, Daniel, "Beyond Liberalization? The Middle East, Ready for Democracy?" *The Wilson Quarterly*, primavera del 2004, Washington, Woodrow Wilson International Center.
- Eisenstadt, S.N., "Fundamentalism: Phenomenology and Comparative Dimensions". Jerusalem, The Hebrew University of Jerusalem, 1992.
- Feldman, Shai, "Managing the Conflict with the Palestinians. Israel's Strategic Options", *Strategic Assessment*, vol. 5, n° 1, 2002, Tel Aviv, Jaffee Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.
- Frisch, Hillel, "De la lucha armada a la movilización política: cambio en la estrategia de la OLP en los territorios", Gad Gilbar y Asher Susser (eds.), *At the Core of the Conflict: the Intifada*, Tel Aviv, Tel Aviv University Press, 1993.
- Gilbar, Gad, "Economic and Demographic Developments as Factors for the Intifada" en Gad Gilbar y Asher Susser (eds.), *At the Core of the Conflict: the Intifada*, Tel Aviv, Tel Aviv University Press, 1993.
- Harcavi, Yehoshafat, *Fateful Decisions*, Tel Aviv, Am Oved, 1986.
- Horovitz, Uri, "Camp David 2 and President Clinton's Bridging Proposals. The Palestinian View" en *Strategic Assessment*, volume 3, n° 4, enero del 2001, Tel Aviv, Jaffee Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.
- Huntignton, Samuel, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, New York, Simon & Schuster, Touchstone, 1997.
- Kedourie, Eli, "Iraq: the Mystery of American Politics", *Commentary*, vol. 6, 1991.
- Klein, Menachem, "Shattering the myths of Camp David", *Haaretz*, 8 de agosto del 2003.
- Klieman, Aharon, "Gulf Crisis and New World Order: The Perils of Linkage", Joseph Alpher(coord.), *War in the Gulf: Implications for Israel*, Tel Aviv, Tel Aviv University, Jaffee Center for Strategic Studies, 1992.
- Kurz, Anat (ed.), *Islamic Terrorism and Israel. Hizballah, Palestinian Islamic Jihad and Hamas*, Tel Aviv, Tel Aviv University, 1993.
- Lewis, Bernard, "The Roots of Muslim Rage", *Athlantic Monthly* n° 266, septiembre de 1990.
- Menashri, David (ed.), *The Iranian Revolution and the Muslim World*, Boulder, Westview Press, 1990.
- Ofer, Dalia, "Arab and Muslim Antisemitism Today: Traditional or Contemporary", *Annual Report-International Center for the Study of Antisemitism*, octubre del 2001, Jerusalem, The Hebrew University of Jerusalem.
- Peres, Shimon, "La apertura a la paz en la política exterior israelí", en Tamr Herman y Robert Twite (eds.), *The Arab-Israeli Peace Negotiations, Politics and Concepts*, Tel Aviv University Press, 1993.
- Rekhess, Eli, "The Arab of Israel and the Intifada", Gad Gilbar y Asher Susser (eds.), *At the Core of the Conflict: the Intifada*, Tel Aviv, Tel Aviv University Press, 1993.
- Robinson, Glenn, "Palestine After Arafat", *The Washington Quarterly*, otoño de 2000.
- Rubin, Barry, "Understanding Palestinian Politics", *Foreign Policy Research Institute*, 4 de noviembre del 2004.
- Singer, P. W., "America and the Islamic World", en *Current History*, vol. 101, n° 658, 2002.
- Sznajder, Mario, "Israelíes y palestinos: balance parcial de la intifada armada", 2002 (mimeo).
- Shadid, M.K., "The Muslim Brotherhood Movement in the West Bank and Gaza", *Third World Quarterly*, 10:2, abril de 1988.
- Schweitzer, Yoram y Shaul Shai, *An expected Surprise. The september 11th Attack and its ramifications*, Herzliya, Mifalot Publishing House, The Interdisciplinary Center, 2002.
- Tal, Nahman, "Suicide Attacks. Israel and Islamic Terrorism", *Strategic Assessment*, vol. 5, n° 1, 2002, Tel Aviv, Jaffee Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.
- Tsiddon Chatto, Yoash, "The Economic Framework", *Political and Structural Arrangements in the New Era of Israeli-Palestinian Relations*, 1994, Jerusalem, Conference Proceedings, Jerusalem Center for Public Affairs.
- Walter Martin, "The Democratic Moosaic. Is The Middle East Ready for Democracy?", *The Wilson Quarterly*, Washington, Woodrow Wilson International Center, primavera del 2004.